

Venganza de ultratumba

Redoble a medianoche de campanas,
puertas cerradas a cal y canto,
brisa veraniega entre las calles de Adra,
sombras que anhelan yacer en camposanto.

Mariposas aladas de fuego
como guía del cortejo espectral,
promesas sin cumplir de un sacrílego
como causa para cruzar el umbral.

Mayor pecado no hay en el pueblo
que dejar abierta la herida de una manda,
olvidar de las ánimas benditas el duelo
y gozar de las rentas sacrosantas.

Hinca la vecina la rodilla,
la mirada al suelo cae también,
desfila ante ella toda una pesadilla
en busca del impío Manuel.

Llama a su puerta un ánima encapuchada,
la noche como carne, las cadenas como joyas,
la —por todos sabida— procesión, jamás nombrada,
al desdichado acecha en malas horas.

Somnoliento, aterrado, arrepentido,
descorre Manuel el cerrojo chirriante,
la atroz imagen le arrebató todo sentido
y el frío atronador invade al afortunado miserable.

¡Todo las ánimas se llevaron!
Todo con ellas al purgatorio.
¡Nada atrás le dejaron!
Nada se merecía quien olvidó al cortejo mortuario.